



Beatificación de Fray Buenaventura García de Paredes y Compañeros Mártires*

Carlos Aspiroz Costa, OP

(Transcribimos el texto de la homilía que el Padre Maestro de la Orden dió durante las II Vísperas del Domingo celebradas en la Basílica de Santa Sabina el domingo 28 de octubre de 2007).

Nos hemos reunido en esta Basílica, casa común de los hijos e hijas de Santo Domingo, construida en memoria de Santa Sabina. En ella se encuentran las reliquias de Sabina y Serapia (su esclava – también martirizada – que le dió a conocer el Evangelio) junto a otros testigos de la Fe en Cristo: Evencio, Teódulo y el Papa Alejandro.

Santo Domingo, deseando ofrecer su vida por Jesucristo, solía postrarse sobre la lápida que señalaba el sitio donde se encuentran las reliquias de estos mártires (hoy debajo del altar mayor).

Nos hemos reunido para dar gracias a Dios en un día muy particular: la beatificación de 74 hermanos y hermanas nuestros. Vuelvo a señalar como lo hiciera fray Vito al iniciar esta liturgia, diversos “primados” o “primicias” que nos emocionan y a su vez nos indican un camino luminoso.

Se trata de la primera beatificación que ve reunidos – en un mismo grupo – a hijos e hijas de Santo Domingo pertenecientes a todas las ramas de su Familia ... ramas de un frondoso árbol por donde corre la misma savia; la misma sangre ... Sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos (Cf. Génesis 2, 23).

- En este jubileo que recuerda los 800 años de la fundación de la primera comunidad dominicana contemplativa (Prulla), celebramos a la Beata

*This text is taken from Boletín De Informacion, Provincia de Ntra. Sra. Del Rosario, No. 72, Sept-Dec 2007, pp. 49-58.

Josefina, primera monja contemplativa beatificada como mártir, primera beata contemplativa dominica española. Nos acompañan por ello numerosas religiosas de la Federación de la Inmaculada de Aragón con su Priora Federal Sor María Teresa Gil; un grupo de monjas de nuestro Monasterio de Santo Domingo de Caleruega (Federación de Santo Domingo) y una de la comunidad de Málaga (Federación de Andalucía). ¡Felicidades en este día tan bello!

- Hoy han sido beatificadas religiosas pertenecientes a dos Congregaciones muy queridas: las Dominicas de la Anunciata (7 religiosas) y las Dominicas de la Enseñanza de la Inmaculada Concepción (2 religiosas). Saludo y felicito a la hermana Natividad y a la hermana Luz, prioras generales de ambas congregaciones, aquí presentes junto a un nutrido grupo de hermanas.
- Celebramos a los primeros seglares dominicos españoles beatificados como mártires.

Finalmente, damos gracias a Dios por el Beato fray Buenaventura García Paredes, primer Maestro de la Orden – sucesor de Santo Domingo – beatificado como mártir

Son hombres y mujeres, jóvenes y adultos, religiosos y religiosas, seglares, predicadores y predicadoras, misioneros y misioneras...

Nuestros nuevos beatos pertenecen a cuatro grupos (Madrid, Barcelona, Santander y Oviedo) que, como puntos cardinales, nos orientan y envían a todas las naciones. En efecto, muchos de ellos han sido misioneros en diversas tierras. ¡Cómo ensancha el alma leer en la vida del Beato Buenaventura sus visitas a los extensos campos misionales de su provincia en Oriente (China, Vietnam, Filipinas)!

Por ello nuestra celebración atrae peregrinos llegados desde muchos diversos sitios. Ante todo los familiares de muchos de los mártires (a quienes pido se identifiquen). También están presentes peregrinos de México (siguiendo las huellas del beato Reginaldo Hernández, nacido en San Miguel el Alto, Jalisco) y de Filipinas (donde han vivido durante algún tiempo los beatos Buenaventura García Paredes, Antonio Varona Ortega, Inocencio García Díez, Jesús Villaverde Andrés, Manuel Moreno Martínez, Maximino Fernández Marinas y Pedro Ibáñez Alonso).

Nuestros hermanos y hermanas son testigos de Cristo en su vida y en su muerte. Pero lo que realmente impresiona es que hayan perdonado a quienes los persiguieron y mataron a imagen y semejanza del único y verdadero Maestro, quien desde la Cruz suplicó “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”

Esta beatificación de mártires dominicos – que se suma a la de marzo de 2001– provoca sobre todo dos preguntas. No podemos dejar de responderlas ... es justo y necesario hacerlo. Como dominicos no tememos a las *quaestiones disputatae*, no tememos al esfuerzo de la razón, iluminada por la fe, para tratar de comprender lo que aparece incomprensible. No tenemos miedo a la discusión, al diálogo, a los cuestionamientos que nos pueden llevar a la contemplación de la verdad.

La primera pregunta: ¿Por qué? O más explícitamente: ¿Por qué ha sucedido lo que sucedió?

En castellano el “por qué” refiere más bien al motivo o las motivaciones. Responder al por qué nos lleva también a un profundo análisis, histórico y social. Se dan al mismo tiempo complejas causas y circunstancias.

Responder a esa pregunta nos lleva a entrar también en los meandros del corazón humano. Allí donde anida el amor, pero también el odio; desde donde se construye la paz, pero desde donde también se la destruye con la violencia (a veces inaudita); fuente del coraje y la valentía pero también el miedo ¡el misterio de las pasiones humanas!

Un conocido poeta español señalaba en su obra tres grandes ausencias: la guerra, la cárcel, la muerte.

Leemos en Jeremías “Nada más tortuoso y enfermo que el corazón humano; no tiene arreglo. ¿Quién puede entenderlo?”. ¡Menos mal! La respuesta del Señor no se deja esperar “Yo, el Señor, sondeo el corazón, examino las entrañas ...” (Jeremías 17, 9-10).

La racionalidad humana exige que podamos juzgar actitudes y conductas, acciones ... ¡Pero a la luz del Evangelio hemos aprendido a no juzgar a las personas y sus intenciones! Sólomente Jesucristo, Señor y Juez de la historia ha de juzgar a vivos y muertos, pagando a cada uno según su conducta (cf. Jeremías 17, 10).

La segunda pregunta sería: ¿Para qué? La respuesta apunta más bien a la finalidad o sentido final de su sacrificio. Entonces se hace la luz, se ilumina el panorama, como si la densidad del humo y odio de la guerra fratricida se disipa repentinamente ¡signo de la presencia de Cristo y de su Reino! (No me refiero al reino de quienes seleccionan sus propias coronas sino al Reino de Jesucristo nacido en un pesebre y muerto en una cruz).

La muerte de nuestros hermanos y hermanas se convierte en memoria, presencia y anticipo de ese Reino. Memoria que se purifica, presencia que ilumina, anticipo que indica a todos el norte. El martirio hace de alguna manera “público” el

dolor humano escondido detrás de toda guerra, cárcel y toda muerte. El compromiso final de nuestros beatos y beatas hace de algún modo “público” ese dolor, dándole sentido final. Decir “público” no significa a “ojos vista” o “en primera plana de las revistas o periódicos más vendidos”. “Público” en este contexto significa “en nombre de la Iglesia”. La Iglesia, fiel a Jesucristo quiere abrazar a toda la humanidad, como la columnata de Bernini nos abrazaba esta mañana en la plaza de San Pedro sin pretender por ello encerrarnos en un impenetrable recinto.

Queremos anunciar en los tejados la Buena Nueva del Evangelio... una buena noticia para “todo el pueblo” (Lucas 2, 10). Porque en el Evangelio no hay lugar para divisiones o exclusiones. Cristo es nuestra Paz y supera todas las divisiones que los hombres tratamos de imponer en beneficio de algunos, excluyendo a otros.

En verdad, las tentaciones de los apóstoles de Jesús son también las nuestras:

- “Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y tramos de impedirselo porque no es de los nuestros” (Lucas 9, 49).
- “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? (Lucas 9, 54). Los Apóstoles se referían a un pueblo samaritano que no quiso recibir a Jesús porque se dirigía a Jerusalén.

Conocemos las claras respuestas de Jesús en ambas ocasiones.

No podemos negar que cada uno de nosotros tenga su propia ideología. Es como un ADN que nos acompaña siempre ... Somos hijos de una familia, nacidos en determinadas coordenadas de espacio y de tiempo, vivimos en un determinado lugar, en determinado país o nación, se nos ha dado una educación particular, pensamos de alguna manera, reaccionamos de determinado modo ante determinadas ideas de los demás, etc.

Sin embargo, sí confesamos y reconocemos que ninguna ideología o modo de pensar puede contener el Evangelio y al mismo tiempo que Jesús nos ha llamado a predicar a todas la naciones, el Evangelio es para todos.

¿Entonces?

Si la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos (Tertuliano) inuestra misión es descubrir también — allí donde se encuentren — las semillas del Verbo (San Justino).

¿Qué nos ofrecen estos hermanos y hermanas hoy? Sin duda, su devoción, su paciencia, su religiosidad pero, repito, ante todo nos ofrecen una llave, una verdadera clave de vida y de lectura de la historia, una clave precisa y preciosa: el perdón.

Ello permite abrir los ojos, el corazón y la predicación a todos, porque todo hombre y toda mujer es mi hermano y mi hermana. De esta manera los mártires nos ayudan a leer desde una nueva perspectiva el pasado, el presente y el futuro.

Los mártires nos ayudan a descubrir aquí y allá que “los otros” son también “de los nuestros” y por ello nos enseñan a superar las divisiones humanas provocadas por las diversas ideologías, los criterios raciales o étnicos, religiosos, culturales, locales, regionales ... en fin: las divisiones entre vencedores y vencidos.

Sí, en verdad, estos beatos y beatas, hermanos y hermanas, son “nuestros” pero con su predicación, con su perdón dilatan nuestra mirada, nuestro corazón y nuestra predicación para descubrir también en todos – especialmente los que consideramos más lejanos – a los “nuestros”.

Pienso en modo particular

- En los hijos de Israel y en todos los prisioneros y torturados en los campos de concentración, de detención, o de refugiados de ayer y de hoy.
- En los hermanos musulmanes que son presentados cada día como “los malos de la película”.
- En los monjes-monjas budistas de Burma que luchan por la democracia en su tierra.
- En quienes pensando de diversa manera son inmediatamente llamados “enemigos”. “subversivos” o “terroristas” como excusa para poder eliminarlos.
- (y dentro de la Iglesia) en aquellos que siempre pierden, en los ministros de la palabra y catequistas, hombres y mujeres masacrados por tener en sus manos o en sus casas la Biblia, asesinados por regímenes de diversos colores, que – aún llamándose “cristianos” – sólo tienen claridad para señalar a izquierda y derecha “quienes NO son de los nuestros”, porque deben quedar afuera, deben ser expulsados.

En la belleza sinfónica de la creación y en la aún más bella policromía de la gracia descubrimos semillas o presencias del Verbo que antes no éramos capaces de ver.

Si el mecanismo de la “proyección psicológica” nos hace enemigos aún donde no los hay (porque terminamos inventándolos) ... La cruz de Cristo manifestada en la vida y muerte de estos hermanos y hermanas nuestros, como una extraordinaria corriente de afecto y luz, nos hace descubrir - aún donde no parecía posible – huellas de su creación, en todo lo verdadero, bueno y bello. Nos hace descubrir huellas de su gracia en toda aspiración a “algo más”, en los anhelos más profundos de los hombres y mujeres.

La iglesia lo ha dicho queriendo comprender a toda la humanidad: “Los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”(Gaudium et Spes n. 1).

Contemplemos el mosaico de dedicación de esta Basílica, representa la Iglesia de Cristo a través de dos mujeres que sostienen, cada una de ellas, un libro con caracteres hebreos y griegos respectivamente. Representan una y otra al Antiguo y al Nuevo Testamento; bajo los pies una leyenda las identifica: Ecclesia ex circumcissione y Ecclesia ex gentibus. La Iglesia de Cristo, en efecto, supera las antinomias del pasado. El muro que separaba judíos de gentiles ha sido derribado.

Del mismo modo caen derribados los muros que separaban al esclavo del libre, al hombre de la mujer, a los “ganadores” de los “perdedores”.

Domingo, postrado sobre las reliquias de los mártires, ansiaba identificarse con ellos, ir a los cumanos, no para conquistarlos o eliminarlos, sino para anunciarles el Evangelio que da vida, dando la vida por ellos.

Allí donde hubo guerra fratricida, cárcel fratricida y muerte fratricida ha penetrado el perdón y con él la luminosa explosión de las Bienaventuranzas que descubre en todos los pobres, afligidos y pacientes, hambrientos y misericordiosos, los puros de corazón y los trabajadores por la paz; los perseguidos por practicar la justicia y los que insultados y calumniados ¡una especial presencia de Cristo!

El perdón de nuestros mártires nos hace abrir los brazos a todos ellos, llamados bienaventurados por Jesucristo. ¡Ellos “son nuestros” también!

Nuestros beatos son causa de nuestra alegría porque corrigen nuestra mirada, dilatan nuestro corazón e invitan a la predicación. Así superando las divisiones que también supimos construir con reivindicaciones falsas o mezquinas (sin comprender del todo el valor de sus vidas y de su martirio), el perdón ha construido puentes nuevos que ninguna “victoria” humana de las armas podrá destruir.

En nosotros está la posibilidad de atravesar esos puentes. No pretendamos nunca hacerlos “puentes levadizos” para que otros, los que “no son de los nuestros” no puedan pasar. A veces quisiéramos que así fuese para habitar en un castillo impenetrable y seguro.

Quisiera en este contexto parafrasear las palabras de Juan Pablo II en la solemne liturgia de la Jornada del Perdón, I Domingo de Cuaresma del Gran Jubileo (12.03.2000) celebrada en la Basílica de San Pedro ...

Hermanos y hermanas, en esta liturgia celebramos la misericordia del Señor y con ella también purificamos la memoria del camino de los cristianos en los siglos...

Que esta fiesta suscite en toda la Iglesia, en la Orden, en cada uno de nosotros, un compromiso de fidelidad al mensaje perenne del Evangelio, Nunca más contradicciones a la caridad en el servicio de la verdad. Nunca más gestos contra la comunión de la Iglesia. Nunca mas ofensas hacia cualquier pueblo. Nunca más el recurso a la lógica de la violencia. Nunca más discriminaciones, exclusiones, opresiones, desprecio de los pobres y de los últimos.

Es la hora de concluir. Gracias al testimonio de nuestros hermanos y hermanas mártires, que purifican la mirada sobre el pasado, el presente y el futuro, puedo hacer más las palabras de un poeta que murió en el mismo contexto de espacio y de tiempo que ellos (aunque – sólo para ser gráfico – era “de los otros”). La mirada, el corazón y la predicación de nuestros mártires hacen nuestras estas palabras de un hombre que al retratar tres terribles “ausencias”: la guerra, la cárcel, la muerte ... lo hacen en cierta manera “de los nuestros”. Después de todo Jesús Resucitado – como hoy nuestros mártires – no ofrece otra señal de su Vida que las heridas de su pasión y muerte:

Llegó con tres heridas.

la del amor,
la de la muerte,
la de su vida.

Con sus tres heridas viene:

la de la vida,
la del amor,
la de la muerte

Con tres heridas yo:

la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

(Miguel Hernández*)

El Señor con su gracia lleve a buen fin nuestro propósito y nos lleve junto a estos mártires a la vida eterna. Amen.

* Nació en Orihuela el 30.10.1910. Murió de tuberculosis en la enfermería de la prisión de Alicante el 28.03.1942. □